

Centro de Estudios “La Cañada”
Taller de Economía 2022

Los problemas del mundo actual

Reunión N° 1

Índice

Introducción

- 1. Integración de subjetividad y objetividad
 - 1.1. Los diferentes niveles de subjetividad
 - 1.2. Conciencia global, ideología y política
 - 1.3. La negación de la objetividad
 - 1.3.1. Efectos de la negación de la objetividad - Los falsos debates
 - 1.3.2. Efectos políticos de los falsos debates
- 2. La conciencia global
 - 2.1. Papel histórico de la conciencia global
 - 2.2. La evolución de la conciencia global

Introducción

Nuestro punto de partida resulta de concebir, tras toda acción humana, la existencia, formal o informal, de dos instancias básicas: el momento del conocimiento (la fase analítica) y el momento de la acción concreta (la fase de elaboración y ejecución de las políticas). En ese sentido consideramos al conocimiento previo, resulte éste, certero, erróneo o ignorado, como un paso inevitable, previo a toda actividad humana.

Aun ignorando el diagnóstico, la fuente más habitual de los errores cometidos en las acciones políticas, éste, de manera informal, existe. Está reemplazado, de manera inconsciente, por la intuición modelada en las formas culturales predominantes.

Hemos dedicado el ciclo 2021, a revisar ese diagnóstico a través de las diferentes formas de conocer nuestro entorno, las trampas tendidas por la cultura dominante, y una propuesta acerca de un intento (por ahora sólo eso) de zafar de ellas, introduciendo el pensamiento crítico.

En este segundo ciclo analizaremos la fase de la elaboración y acción política, y la importancia de la subjetividad bajo la forma de conciencia global, haciendo posible integrar objetividad y subjetividad.

1.- Integración de subjetividad y objetividad

Con esa meta, hemos intentado integrar en ese conocimiento los criterios de objetividad y subjetividad global. Frente a la subjetividad individual y grupal, como forma excluyente de la observación y de las formas de acción, impuestas por las distorsivas condiciones culturales, hemos desarrollado la necesidad de una visión basada en el pensamiento crítico, como requisito previo para la acción.

Y esa forma de pensamiento enfoca la fase analítica en base a una visión objetiva, complementada por la subjetividad, pero bajo la forma de conciencia global. Cuando nos enfrentamos a los graves errores cometidos en la acción política, siempre encontraremos ausencia de un análisis objetivo. Y su reemplazo, liso y llano, por alguna forma de subjetividad individual o grupal.

Incluso esa omisión, “fundamentada” en términos filosóficos: la objetividad no existe ni puede existir. La presencia, cada vez más aguda de las “fake news”, potenciada por la digitalización de la información, una deformación de las técnicas comunicacionales, es el argumento “científico” para refutar las bases filosóficas del objetivismo.

1.1.- Los diferentes niveles de subjetividad

Por eso, en materia de subjetividad diferenciamos niveles: conciencia individual, grupal y global. La presión ejercida por la cultura dominante impone los dos primeros. Y esa forma de encarar la subjetividad, en la fase analítica, se convierte en la más importante fuente de los errores cometidos en política pues traslada sus deformaciones a la acción concreta.

Incluso el error lo cometen grupos que se reclaman herederos de la filosofía objetivista. Efectivamente, lo son, pero no del objetivismo sino de una experiencia política fracasada, justamente, por considerar ese objetivismo, sólo como el versus del idealismo, es decir de la subjetividad individual. Y en ese nivel quedaron atrapados y del cual nunca pudieron salir.

A lo sumo llegan a considerar la existencia de una conciencia grupal (feminismo, trabajadores, ambientalismo, etc.), pero siempre de manera aislada respecto a la conciencia global, de hecho inexistente, haciendo posible sus habituales y graves errores en la acción política.

Y se producen, porque sus militantes asumen esa conciencia individual y grupal como una barrera inexpugnable a toda trampa cultural imaginable. Y terminan imponiendo sólo su intuición moldeada en la cultura dominante. De allí surgirán múltiples contradicciones, que en la práctica política concreta neutralizan sus acciones, incluidas aquellas consideradas de corte “progresista”.

Y los errores cometidos fueron de tal magnitud, que hacia fines del siglo XX, generaron una conciencia global de desconfianza masiva a todo lo vinculado a la concepción filosófica de la objetividad. Fue el triunfo cultural de la subjetividad, y bajo su forma más burda, la de tipo individual.

La crisis del ese pensamiento basado en un supuesto objetivismo, pero deformado hasta el absurdo, se expresó en uno de los fenómenos políticos de mayor trascendencia de los últimos siglos, equivalente a la caída del im-

período romano. Fue la caída del muro de Berlín y la posterior de la Unión Soviética.

Esos acontecimientos, provocaron verdaderos terremotos en la conciencia global y las ideologías, haciendo posible una transformación masiva desde formatos políticos revolucionarios, hacia los de tipo populista, e incluso reacciones individuales de adhesión plena al neoliberalismo. Fue su forma de “expiar las culpas”

Sin embargo, erróneos o no, todos los niveles de subjetividad (individual, grupal y global), existen y generan diferentes niveles de conciencia. (Punto 8.5 de la Reunión VI y la Reunión VII completa, ambas del 2021).

Nuestro foco de interés radica mostrar como, la subjetividad individual y grupal, de hecho, reemplazan y deforman el momento analítico. Incluso llevan al extremo de ignorarlo, convirtiéndolo en la fuente habitual de los más graves errores en la acción política. Y lo complementamos con alternativas para evitar esa trampa cultural.

En la fase analítica desarrollada en el ciclo anterior el papel fundamental lo ha desempeñado la objetividad y la teoría como su instrumento central, complementado con la aplicación de una subjetividad global, (ni individual, ni grupal), asumida como un aspecto indisoluble de una metodología de indagación alternativa. (Releer Reunión VII del ciclo 2021).

Esa teoría, suponía una visión de pensamiento crítico. Esto significa una teoría provista de una dinámica basada en una permanente superación, lograda en base a una visión integral de la realidad, es decir, incluyendo las nuevas facetas de la realidad que va asumiendo la conciencia global. En lugar de un tratamiento unidimensional y en comportamientos estancos, adoptar como punto de partida el supuesto de una realidad única, indivisible e inherentemente compleja.

Sin embargo, lo habitual es el versus de esto, justificado en un supuesto mandato “científico”: captar la realidad a partir de su simplificación. Y se realiza tomando, de manera aislada, alguna de las diferentes dimensiones de la realidad. De hecho, se está considerando a esa dimensión como de predominio absoluto en el contexto. Pero esa selección dimensional es intuitiva o arbitraria. Nunca de raíz científica.

Y no solo un tratamiento unidimensional, sino también de manera estática, es decir, sin cambios en el tiempo. Además, utilizando sólo conceptos y categorías con reflejo estadístico y basadas en supuestos nunca explicitadas. De esa manera, solo llegan a tratar la superficie del problema. Nunca a los procesos.

Y en ese nivel de superficie solo pueden captar una apariencia. Allí reinan relaciones causales, secuenciales y reversibles. La retroalimentación

simultánea entre todas las dimensiones de la realidad, es decir, la esencia del Universo y todo su contenido, queda fuera del campo del observador. De esa manera el tratamiento del problema será, y de manera inevitable, unidimensional, inmutable y superficial. La receta está completa y lista para cometer los más graves errores.

Y para colmo, avalada en el campo académico. A través de siglos, las universidades siguen reproduciendo las concepciones de la cultura dominante. Y en el campo de la política, aunque algunos dicen basarse en el conocimiento universitario, las prácticas prevalecientes, conllevan una mayor gravedad. En ese terreno nos encontramos, no con una realidad falseada, sino con la negación lisa y llana de la realidad, incluso elevado a la categoría de concepción filosófica.

Al adoptar ese criterio, de hecho, reemplazan el diagnóstico objetivo por alguna ideología. Si la realidad no existe, el pensamiento está habilitado a crear la suya propia, es decir, resulta maleable a voluntad. De esa manera, siempre podrá calzarse realidad e ideología, y al menos mentalmente, eludir todo tipo de contradicción.

Bajo esas condiciones, las contradicciones no existen ni pueden existir. Los esquemas son circulares (conclusiones implícitas en los supuestos) y resulta posible demostrar cualquier “verdad” imaginable.

El problema político no son quienes construyen estos falsos esquemas, la mayoría de las veces de manera consciente, a fin de usufructuar política o culturalmente de ellos. El verdadero problema radica en su aceptación generalizada por efecto de la cultura dominante. Para quienes están imbuidos de ella, aparecen como verdades “evidentes por sí mismas” y las acciones de política concreta, de absoluta compatibilidad con la ideología.

El pensamiento crítico, donde el diagnóstico previo es parte del mandato ideológico, debe introducir hipótesis radicalmente diferentes: una realidad única e indivisible, formada por la interpenetración de diferentes dimensiones, niveles diferenciales de esa realidad, el origen común de problemas, la existencia de una dinámica en base a procesos autónomos, retroalimentados e irreversibles, llevando a puntos de crisis y de no retorno.

Es el versus de las construcciones realizadas a partir de un mandato no científico, pero entronizado en el mundo universitario: los modelos, para resultar “científicos” deben simplificar la realidad. Pero esa “simplificación” no surge de ningún método científico, sino de una intuición moldeada en la cultura dominante.

El mundo académico exige a los modelos de análisis, resultar “lo más estilizado posible”. Una versión “moderna” del criterio medioeval de la

“navaja de Occam”: de todas las hipótesis explicativas de un fenómeno, la verdadera es la más sencilla de todas.

Una advertencia. En aquella época, ese postulado fue un notable avance en la teoría del conocimiento. Suponía una realidad por niveles (uno empírico y otro sólo accesible mediante hipótesis y teorías), aun hoy descartada en el plano académico que solo considera el nivel de superficie. El único susceptible de ser representado por categorías estadísticas y por ende merecer la categoría de “científico”.

Aunque la respuesta al interrogante fue incorrecta, el hecho de plantearlo, fue un paso de tal importancia que aún hoy no tiene una respuesta universalmente aceptada. Actualmente, el filósofo Edgar Morin, podría contestar a ese interrogante, eligiendo, de entre todas la hipótesis, no la más sencilla, sino la más compleja de todas ellas.

Ese debate y el planteo de una alternativa, a partir de concebir una complejidad inherente de la realidad, fue objeto de revisión en el ciclo 2021. Ahora corresponde aplicarlo a la instancia de las políticas. Ya hemos visto la importancia de la subjetividad global, actuando en la fase analítica. Ahora corresponde analizar cómo sus efectos llegan hasta las políticas concretas.

1.2. Conciencia global, ideología y política

Para la instancia de las acciones políticas resulta imprescindible seguir la secuencia: conciencia global-ideología-acción política y su permanente retroalimentación.

El concepto de política abarca toda acción humana realizada frente a la realidad. Son acciones guiadas por una ideología conformada a partir de una conciencia global. Estamos partiendo del supuesto de la existencia de una subjetividad demarcada por los niveles de conciencia global, ya utilizada en la instancia analítica, y que termina delimitando las acciones en la fase de las políticas. Veamos cómo.

Estos niveles de conciencia global se encuentran en permanente proceso de cambio a partir de una realidad dinámica basada en procesos autónomos, entrelazados y de efecto acumulativo, llevando a puntos de inflexión que chocan, y muchas veces de manera violenta, con la conciencia global.

Y lo cambios producidos en esos niveles se traducen en la adopción de formas ideológicas, a las que consideramos, altamente dinámicas. Y esa ideología es el elemento modelador en la fase de las políticas. Así como en la fase analítica, el instrumento teórico hacía posible mantener la coherencia, ahora es la ideología la argamasa que otorga coherencia a las acciones políticas.

Es una ideología derivada de manera directa de las condiciones de la conciencia global, pues allí es donde las condiciones culturales y las crisis en los procesos, chocan fuertemente y producen reacciones diferenciales

Es una retroalimentación entre crisis de los procesos y conciencia global. Y ésta no es solo una forma de “ver el mundo”. El estadio actual del conocimiento nos muestra un universo nacido del condicionamiento mutuo de espacio y tiempo. Un carácter de retroalimentación llevado a todo su contenido físico y biológico.

Frente a esa complejidad, sólo existen dos caminos: o encararla o huir de ella. Y la forma más usual es la “huida”, mediante la captación de esa realidad, intrínsecamente compleja, con modelos, lo más “sencillo” posible.

Esa complejidad comprende no solo la superposición de crisis en las distintas dimensiones, sino sus también sus dinámicas y efectos diferenciales en los horizontes temporales. Un claro ejemplo son las condiciones de una pandemia produciendo efectos de corto plazo, una polarización distritubiva en el mediano plazo y un calentamiento global, de largo plazo, que en coyunturas muy particulares como la actual, se condicionan y potencian mutuamente.

En el ciclo 2021 hemos visto como la subjetividad dominante en el plano cultural, distorsiona, y de manera severa, la observación del contexto. Y en el caso de no poder asumir esa limitación, la anomalía en las políticas concretas será inevitable. Aquí es donde el pensamiento crítico debe jugar un rol fundamental para superar las alteraciones en ambas instancias.

Y para ello debemos comenzar por diferenciar la fase analítica, de la fase de las acciones concretas. En la fase analítica, la necesidad de una visión objetiva, complementada por la subjetividad social.

No proceder de esta manera es la fuente de los errores cometidos en las acciones concretas. El más habitual surge de la negación de la realidad y su efecto concreto: crear y debatir falsos problemas.

1.3. La negación de la objetividad

La negación de la realidad, en su perspectiva filosófica deriva de negar la objetividad, y su reemplazo por la subjetividad individual y grupal. Y casi siempre complementada por un voluntarismo compulsivo. Y esa negación se realiza de manera explícita: la realidad no existe ni puede existir, sino solo opiniones sobre esa realidad. Incluso, esas opiniones, no surgen de una subjetividad global, integrada a la objetividad, sino de una subjetividad individual o grupal. (Ver punto 8.5 de la Reunión VI y Reunión VII del 2021).

También aquellos que aducen “objetividad”, pues trabajan sobre información estadística, introducen de contrabando el subjetivismo por vía del tratamiento unidimensional del problema. Definen a priori (¿por intuición?) la faceta unidimensional a analizar. De hecho, y sin demostración alguna, se le otorga un predominio absoluto por sobre cualquier otra dimensión existente.

Y ambas formas, negar la realidad o revisar solo su superficie, reemplazan la necesidad de contar con una teoría científica a fin de intentar captar una realidad integral inherentemente compleja por sus diferentes dimensiones y niveles. Sólo son diferentes formas de eludir la complejidad inherente de la realidad en la fase analítica del conocimiento.

Negar la existencia de una realidad objetiva, de manera independiente al observador, es algo muy burdo. Intentar debatirlo es otorgarle algún tipo de “status” dentro de la filosofía, cuando se trata de agudas deformaciones psicológicas, individuales y sociales. No por casualidad, la historia de la filosofía las ha incluido dentro de las corrientes del irracionalismo.

Nos interesa la elusión que la política realiza revestida de formas académicas. Veamos cómo estas deformaciones funcionan en casos muy concretos de la política en nuestro país, dando lugar a falsos debates.

1.3.1.- Efectos de la negación de la objetividad - Los falsos debates

En Argentina, donde existe una definida tendencia cultural basada en el subjetivismo y voluntarismo, la política está plagada de falsos debates a partir de las deformaciones analizadas. A manera ejemplificativa hemos elegido tres temas de actualidad: tratamiento de la delincuencia, relaciones con el FMI, y prioridad en la política económica entre distribución y acumulación.

En el debate respecto a cómo la sociedad debe manejar el problema de la delincuencia, aparece la “grieta”: “mano dura” versus “mano blanda”. Los defensores de la primera alternativa, solo toman la dimensión psicológica y en sus efectos de permanente zozobra sobre el resto de la sociedad considerada sus víctimas potenciales.

Para fundamentar la otra posición, se toma sólo dimensión sociológica como causa del comportamiento delincuencial. El delincuente sería la verdadera víctima como consecuencia de un funcionamiento fallido de la sociedad. Ahora también extendida a los violadores.

Ambos lados de la grieta crean argumentos “ad-hoc” a fin de llegar a conclusiones ya predeterminadas por su intuición, o por la necesidad de “demostrar” una supuesta coherencia ideológica. Y lo hacen en base a tomar una sola dimensión de la realidad. De manera implícita, y sin funda-

mento alguno, la consideran dominante respecto a cualquier otra que pudiera existir.

Y ambas partes “tienen razón”, pero a partir de un truco: tomar sólo facetas específicas. Consideran una realidad unidimensional. En un caso sólo efectos en la dimensión psicológica, en el otro, sólo causas y en la dimensión sociológica.

Y convierten el debate en un “diálogo de sordos” pues cada parte se refiere a dimensiones diferentes y a polos diferentes de la causalidad. Pero el verdadero problema surge cuando nadie, realiza este tipo de crítica al debate, y menos aún intenta un análisis alternativo, integrando las diferentes dimensiones y su retroalimentación. En esas condiciones, nunca podrán surgir alternativas a las habituales interpretaciones polares. Se sigue reproduciendo la “grieta” y una eventual salida al problema seguirá empantanada.

Otro caso concreto en la política argentina resulta del acuerdo por la deuda con el FMI. El rechazo a su firma se basa en un análisis, aunque formalmente correcto, sesgado por su carácter unidimensional. Toma de manera unilateral la dimensión socio-económica (imposibilidad de cumplir con cualquier meta y/o pago; efectos de ajuste regresivo, la espada de Damocles del control periódico, etc.) y de allí extrae como consecuencia, su rechazo liso y llano.

Por el contrario, la posición de aceptación de la firma del convenio, realiza su análisis, a partir de las condiciones geopolíticas y refuta el rechazo pues agravaría las condiciones socio-económicas. Con solo dos elementos resulta posible fundamentar su aprobación. Por uno de ellos, China y Rusia, países supuestamente líderes de una alternativa geopolítica mundial, para apoyar a Argentina (préstamos para reserva de divisas, inversiones, comercio preferencial, etc.), exigen la previa normalización de las relaciones con el FMI, institución de la que participan plenamente.

El otro elemento se refiere a la situación actual de la deuda mundial. A pesar de su muy alto volumen global, sólo la deuda de Argentina se encuentra en riesgo de default. Por ahora no existe otro caso equivalente en el mundo. Con ambos elementos, queda todo dicho respecto a la inevitabilidad de firmar el acuerdo en la actual coyuntura.

Y esto en términos socio-económicos, implica “patear la pelota hacia adelante”, al menos hasta que las condiciones internacionales se modifiquen (en 3-4 años puede haber 40-50 países en riesgo de default), y resultará posible debatir en otros términos. P. ej., formando un “club de deudores” (ya el Pte. Alfonsín lo había intentado) con mayores posibilidades de plantarse frente al FMI, y a los países con peso decisario en esa institución,

para exigir una verdadera reestructuración de la deuda con quitas de capital, mayores plazos, menores tasas, etc.

Ambos análisis resultan “correctos”, pero son parciales y contradictorios y las “posiciones” que de allí surgen, no pueden modificar ninguna de las condiciones objetivas: una Argentina entrampada hace décadas en el endeudamiento debido a sus deformaciones estructurales; único caso actual de posible default en el mundo; y con el polo geopolítico alternativo (China y Rusia), exigiendo la firma de ese acuerdo.

El verdadero debate debería darse alrededor de cuál de las dimensiones (económico-social, geopolítica -u otras-) predomina en la actual coyuntura, y adoptar una decisión en función de ello. Ningún grupo político lo hace. Por el contrario ubica sus argumentos en una dimensión específica a fin de culminar en conclusiones, previamente definidas por su ideología.

El tercer caso resulta del debate alrededor de las prioridades en materia de política económica. La “grieta” es, entre prioridad a la distribución del ingreso (incentivar el consumo) o prioridad a la acumulación (incentivar la inversión). Y ambos tienen sus “razones”. Aquí la trampa consiste en considerar sólo la dimensión económica del problema y en una relación causal. La discrepancia radica en la secuencia de esa relación, donde cada lado de la grieta otorga prioridad causal a una u otra variable. Un falso problema pues esa secuencia, en cualquiera de los sentidos posibles, supone una relación causal inexistente.

Por el contrario si partimos de un análisis crítico, observaremos en la relación consumo-inversión, en lugar de una secuencia, procesos retroalimentados. Esto exige, en lugar de prioridades a una u otra política, acciones integrales, simultáneas y coherentes sobre ambas variables. Justamente, si repasamos la historia económica argentina, siempre se ha practicado políticas secuenciales en uno u otro sentido. Y lo único logrado ha sido profundizar las deformaciones estructurales.

1.3.2.- Efectos políticos de los falsos debates

En todos esos casos, y de manera previa, se selecciona un ámbito supuestamente central y dominante, a fin de calzar con los pre-juicios definidos de manera intuitiva. Y la cultura predominante genera las condiciones para una aceptación generalizada del truco. Y aparece, de manera masiva, como una suerte de verdad revelada, imposible de ser refutada. Pero lo más grave resulta de la ausencia de análisis alternativos. Una prueba rotunda de la presión ejercida por la cultura dominante.

De esa manera se producen dos falencias fundamentales que repercutirán en errores en las acciones políticas: por un lado, ausencia de un diagnóstico integral, es decir bajo criterios multidimensionales, por el otro, y

como efecto de arrastre, en lugar de ideologizar los objetivos, se termina ideologizando los instrumentos.

Y al no existir una realidad común, también asegura la infertilidad del debate. Se acude a argumentos subjetivos basados en creencias personales destinadas a transformar las argumentaciones contrarias en ofensas personales. La “grieta” está servida.

Y el debate de estos falsos problemas viene afectando desde hace siglos a la humanidad, a veces creados de manera consciente, a fin de alimentar “grietas”, para usufructuar cultural o políticamente de ellas. El debate histórico más simbólico ha sido acerca de la existencia de un dios supremo. Actualmente con una definida tendencia hacia su desaparición. Una señal del avance cultural de la sociedad. Esta ha asumido se trata de un falso problema, y debatirlo conduce a un callejón sin salida. Solo le sirve al usufructo de algunas sectas.

Y todo este tipo de falsos problemas es alimentado por las corrientes políticas mayoritarias, pues hacen posible generar “grietas” y polarizar al electorado. En las elecciones de Argentina del 2019, mediante estos métodos, dos partidos recogieron el 90 % del total de los votos. Y ahora, frente al fracaso de ambos, como resultado del choque de sus políticas con la realidad, produce el efecto inverso, también con facetas negativas: la atomización de las fuerzas políticas.

Justamente, para evitar el debate de falsos problemas, nos interesa la subjetividad global a introducir de manera integrada al diagnóstico objetivo. Y se traduce en una conciencia global, formada (o deformada) a partir de las experiencias de vida, la posición en el universo social y el bombardeo cultural dominante. Sobre esa conciencia, van golpeando las sucesivas crisis, remodelando su acervo. De esa manera, va adquiriendo diferentes conformaciones según la reacción cultural al impacto de las crisis. Y ese diferencial de respuestas, irá conformando las ideologías.

Y en ese abanico ideológico de tendencias progresivas, conservadoras y regresivas, es donde surgirán las distintas líneas de identificación del universo de la política. Para entender las acciones políticas concretas debemos seguir el hilo de esa secuencia. Revisaremos, de manera sucesiva la conciencia global, la ideología y la política, pero manteniendo siempre presente su mutua retroalimentación.

2.- La conciencia global

La conciencia global es el resultado de un complejo proceso de retroalimentación entre la formación cultural de la humanidad y sus reacciones diferenciales frente a los shocks producidos por los procesos cuando entran en crisis. Aquí lo importante no es el nivel ni el horizonte del impacto (alto

o bajo; mediato o inmediato), sino la orientación de su dinámica: progresiva, conservadora o regresiva.

Las crisis generadas en los puntos de inflexión de las diferentes dimensiones de la realidad y sus entrecruzamientos, generan permanentes cambios en la conciencia global. Y la experiencia histórica nos muestra, cuando nos referenciamos en un horizonte de siglos y milenios, una orientación progresiva en todas las dimensiones de la realidad: religión, ciencia, sociedad, etc.

Asumir esa dinámica histórica de la conciencia global, es uno de los elementos claves de diferenciación de una orientación progresiva. El resto, conservadoras y regresivas, sólo otorga preeminencia a los niveles individual y grupal de la conciencia. No solo ignoran el nivel global, combaten, y de manera agresiva, a quienes intentan hacerlo.

Pero no solo adoptan una visión parcial. También niegan toda posibilidad de una dinámica de cambios en esos niveles. Y la rechazan porque suponer una visión histórica en esos niveles, es un camino posible para acceder al nivel global, que tratan de evitar a toda costa. De esa manera, no solo toman condiciones unidimensionales, sino también, congeladas en el tiempo.

En los casos donde se adopta la conciencia individual, estamos frente al subjetivismo en su forma extrema. En términos ideológicos y políticos es adoptada por el neoliberalismo cuando prioriza sólo la dimensión económica, y la fundamenta en una teoría subjetiva del valor. Una teoría nacida al calor de la necesidad política y cultural de oponerse a la teoría objetiva del valor. Ésta, de manera implícita, se venía arrastrando, desde la economía clásica de Adam Smith y David Ricardo y adquiere forma explícita, con la edición de “El Capital” de Marx.

Esa concepción subjetiva del valor fue un notable quiebre en la historia del pensamiento económico. Consiguió ubicar la dimensión económica como prioritaria, tanto en su faceta analítica como en las políticas a realizar. Y además, de manera aislada respecto a la dimensión sociológica.

Y bajo esa forma perdura hasta la actualidad, y como la teoría “científica” por excelencia. Una verdadera “hazaña”, sobre todo en un contexto como el actual donde ya no solo resulta imprescindible trabajar con una dimensión socio-económica plenamente integrada, sino también hacerlo con el resto de dimensiones (biológica, ambiental, etc.).

La continuidad del predominio de la dimensión económica y su análisis aislado de la dimensión social, es una prueba rotunda de la fuerza de reproducción de la cultura dominante y la necesidad de renovar la política a fin de superarla.

Pero no solo la adopción de una subjetividad basada en la conciencia individual. En política nos topamos con orientaciones otorgando prioridad a la conciencia grupal, también basada en un análisis unidimensional de la realidad. De esa manera se justifican prioridades en las reivindicaciones: feminismo, sindicalismo, ambientalismo, exclusión social, minorías étnicas y religiosas, etc. En todos esos casos, el análisis del nivel de conciencia se realiza al margen de su nivel global, y se convierte en una vía para la concreción de graves errores.

Y no solo se adoptan aspectos parciales, sino también, congelados en el tiempo. El “truco” consiste en ubicar un punto histórico liminar de referencia donde se produjo una inflexión de alta especificidad. Y a partir de allí, esas condiciones se consideran inmodificables. Pasan a resultar “consagradas” y formar parte de la liturgia.

Y los errores surgen cuando esa conciencia sólo grupal y congelada en el tiempo, es transformada en una ideología, que reemplaza la teoría en la instancia analítica. Genera un pensamiento circular (las conclusiones, están implícitas en los supuestos), y donde todo alcanza un sospechoso cierre perfecto, y sin contradicción alguna.

El error no reside en analizar la conciencia grupal. Resulta válido hacerlo a fin de profundizar conocimientos en ese aspecto, pero siempre con la condición de ser integrado luego a un análisis global. El verdadero problema radica en considerarlo aislado y estático en el tiempo. Se desecha toda posibilidad de una dinámica en su orientación. Un eventual cambio (avance, retroceso o desviación) de esa conciencia grupal se considera un absurdo.

Se desecha así, lo más importante de los procesos: conocer la orientación de su dinámica. Así como en la instancia analítica, las hipótesis disruptivas van abriendo nuevas fronteras de la ciencia, y retroalimentan la teoría, haciendo posible su avance, también la conciencia en cualquiera de sus formas, conlleva una dinámica de modificación. Y el motor de esos cambios son las crisis creadas por los procesos y las acciones concretas, que al chocar con la conciencia global vigente, van conformando los cambios.

Aquí aparece la importancia de la conciencia global y su dinámica por sobre los niveles grupales e individuales. Y no por casualidad nunca tenida en cuenta, ni en los análisis de conciencia individual, con una clara tendencia psicologista, ni en los habituales y muy difundidos análisis de conciencia grupal, con una definida deformación sociologista.

Y ambos con el mismo sesgo: considerar a priori que el recorte de la realidad realizado a partir de su intuición, resulta el elemento central de la totalidad, y además estático en el tiempo. Los temas de conciencia indivi-

dual y grupal son importantes, pero en tanto se asuma su carácter parcial y la necesidad de integrarlo a un marco global y dinámico de análisis de la sociedad.

Por ejemplo, los problemas de conciencia individual y grupal son tratados habitualmente por la psicología y la psiquiatría. Estas disciplinas, aunque de suma importancia para el tratamiento de enfermedades mentales, al realizar un análisis aislado de la conciencia individual y grupal, pierden su capacidad potencial para echar luz sobre áreas aún muy oscuras, tal como es el caso del origen de algunas deformaciones políticas alimentadas por trastornos mentales masivos, generados por el propio funcionamiento de la sociedad.

Un ejemplo concreto es la negación como sistema generalizado de defensa mental en una sociedad funcionando a la manera de una olla a presión, siempre a punto de estallar. Consulten a cualquier profesional en esas disciplinas, y de cualquier orientación, y les dirá que esa negación está en la base de la mayoría de los trastornos mentales que llegan a la consulta profesional.

Y tiene su correlato social bajo la forma del negacionismo: de la crisis climática, de la pandemia, de los avances de la ciencia (terraplanismo). Algunos de esos fenómenos, hoy resultan centrales, no solo en materia de psicología social, sino también en el campo de la política y a nivel mundial.

A raíz de las fuertes limitaciones surgidas de los análisis parciales de conciencia grupal e individual, le otorgamos prioridad a los niveles de conciencia global. Aunque históricamente, y en el muy largo plazo, han mostrado una evolución en sentido progresista, en el corto y mediano plazo se entremezclan tendencias conservadoras y regresivas, generando un panorama político de máxima complejidad.

Por esa razón, intentaremos profundizar en la dinámica de esa conciencia global, como paso previo a dilucidar las cuestiones ideológicas y las acciones políticas. En ese sentido, analizaremos, y de manera sucesiva, el papel histórico de la conciencia global, su evolución, un caso concreto de cambio, sus condiciones actuales y cambios futuros. En esta primera reunión del 2022 analizaremos los dos primeros aspectos. Completaremos el resto en la segunda reunión.

2.1.- Papel histórico de la conciencia global

Un caso notable en la historia de los cambios de la conciencia global, resulta del efecto de la crisis conjunta en la Edad Media, de la agricultura, el clima y la aparición de la “peste negra”. La agricultura no era un sector más de la economía. Significaba el grueso de la actividad económica, de la

ocupación y de los ingresos. Y sus cambios se superpusieron y potenciaron con la presencia simultánea de graves epidemias y cambios de clima.

El entrelazamiento de estas crisis, modificaron radicalmente la conciencia global. En particular, los criterios económicos, sociales y culturales. Para ilustrarnos al respecto, reproducimos un trabajo del politólogo José Nun:

“Retrocedamos a la Edad Media europea. En el siglo XIII hubo un avance considerable de la agricultura. De resultas de ello, aumentó la población al mismo tiempo que las técnicas en uso agotaban la tierra, problema agravado por un serio enfriamiento climático. Es decir que se dieron las condiciones para una típica crisis malthusiana, a lo cual se sumaron varias malas cosechas que condujeron hacia 1320 a una gran hambruna. Se achicaron entonces las propiedades familiares mientras caían las rentas feudales y también las eclesiásticas (se estima que la Iglesia poseía un 15% de las tierras europeas) y cundía el malestar entre los campesinos, que comenzaron a rebelarse contra el vasallaje y los impuestos reales. La violencia se generalizó y las guerras se multiplicaron.

Este es el marco en el que en 1348 llegó a Europa desde China la Peste Negra o plaga bubónica. A ella se sumaron el tifus, la influenza y la viruela para provocar un verdadero desastre demográfico. Aunque las estimaciones varían, la mayoría de los historiadores coinciden en que, entre 1348 y 1350, deben haber muerto unos 25 millones de personas, es decir, alrededor de un tercio de la población europea. A esto hay que añadirle los 5 nuevos brotes letales que ocurrieron entre 1361 y 1400.

Como se advierte, primero fue el hambre; después, la guerra; y por último, la plaga. O sea que el fuerte retroceso ocurrido en ese siglo comenzó bastante antes de que se desatara la epidemia. Es más: esta frenó las guerras y su impacto sobre el comercio fue de corto plazo. Es en otra dirección que hay que dirigir la mirada.

En primer lugar, quedó diezmada la mano de obra, lo que indujo a muchos terratenientes a ofrecerles a los arrendatarios que les pagasen en dinero y no en servicios laborales para que no se fueran de sus campos. Esto no impidió, sin embargo, la ruina de una alta cantidad de ellos. Al mismo tiempo, crecieron los salarios de los artesanos y de otros trabajadores, todo lo cual le dio una nueva fluidez a la rígida estratificación social de la época.

Por otro lado, la Iglesia Católica no solo perdió buena parte de sus rentas sino que vio afectado su monopolio sobre la salvación de las almas pues numerosos fieles dejaron de creer en la bondad de un Dios todopoderoso. A la vez, se generalizó la violencia y "estalló una especie de locura colectiva" (J.M. Roberts). Una de sus manifestaciones fue la búsqueda de

culpables, que llevó a los pogroms contra los judíos y a las hogueras donde eran arrojados los herejes y las brujas. Otra, la multiplicación de las rebeliones campesinas, que tuvieron sus puntos culminantes en la "Jacquerie" francesa de 1358 y en la Revuelta inglesa de 1381.

Estas condiciones sociales donde los campesinos se sintieron desprotegidos por los señores feudales y por la iglesia, influyeron en el plano religioso y abrieron el camino a la reforma protestante, que entre otras cosas, se diferenció del Vaticano por su aceptación de la tasa de interés a los préstamos en dinero, un pilar del futuro capitalismo.

También Nun, en el mismo trabajo, hace referencia al impacto de experiencias históricas más cercanas en el tiempo:

"Pasemos a la gripe de 1918/19. Se inició en los Estados Unidos en el último año de la Primera Guerra Mundial, que la relegó como noticia. Además, curiosamente, los historiadores recién comenzaron a ocuparse de ella a fines de los 60. (Es también significativo que no haya repercutido en el mundo del arte, salvo el famoso "Autorretrato del artista con gripe española" del noruego Edvard Munch).

La mal llamada "gripe española" causó entre 25 y 50 millones de muertes, la mitad de ellas entre personas de 20 a 40 años de edad, en su mayoría hombres, y resultó mucho más mortífera que la Primera Guerra Mundial (unos 10 millones de desaparecidos). Sin duda produjo consecuencias pero, primero, es difícil aislarlas de las debidas a la guerra; después, operaron sobre procesos que ya estaban en curso; y finalmente, se extendieron en el tiempo.

Uno de los más significativos fue la aceleración del ingreso de la mujer al mercado de trabajo, que había cobrado fuerza desde comienzos de siglo debido al rápido crecimiento económico y al descubrimiento de los anticonceptivos, primero, y al reclutamiento militar de los varones, después. Es revelador que en los Estados Unidos, por ejemplo, obtuviesen el voto en 1920, cuando ya constituyan una quinta parte del total de los trabajadores.

Otra no menos importante fue la acción de los gobiernos para mejorar los sistemas de salud y promover medidas de bienestar social. Aquí interviene nuevamente la guerra, que obligó a los países en lucha a expandir la administración pública para gestionar tanto la provisión de armas y municiones como de alimentos, ropa, equipamiento médico, maquinarias y combustibles. Así, el Imperio británico contaba con 18.000 camas de hospital en 1914 y con 630.000 en 1918. La pandemia le dio un renovado impulso a este proceso.

La creación de la Liga de las Naciones brinda testimonio de un esfuerzo por fomentar la cooperación internacional, que se reflejaría en la creación de la Organización de la Salud. Pero, sobre todo, con el triunfo de la Revolución Soviética de 1917 se generalizó la violencia en los países industriales debido a las luchas obreras por una mayor igualdad y a su represión, que en algunos lugares desembocó en el fascismo. A la vez, en la India, por ejemplo, se incrementaron las acciones anticolonialistas, ante la evidencia de que la gripe mató 10 veces más miembros de las castas bajas que de la población blanca residente. [. . .]

Así como la Peste Negra profundizó la crisis del orden feudal, el Covid-19 aparece cuando va quedando atrás la sociedad industrial que emergió hace más de dos siglos. [. . .]” (La Nación, 22-10-2020)

2.2.- La evolución de la conciencia global

Hablar de la evolución histórica de la conciencia global requiere, de manera previa, una breve digresión respecto al concepto de tiempo. Existen diferentes percepciones del tiempo. A modo ejemplificativo distinguimos: tiempo humano, civilizatorio, geológico y galáctico.

Habitualmente nos manejamos con la percepción humana del tiempo y no con el tiempo de los historiadores, de los geólogos o de los astrónomos. Y ese tiempo humano tiene como límite la existencia de vida. Allí imperan lapsos como los vigentes en economía, donde el largo plazo llega sólo a décadas. En cambio, si adoptamos la escala civilizatoria del tiempo, el largo plazo son siglos y milenios. En la medición geológica, llega a cientos de miles y millones de años; y en la escala galáctica a miles de millones de años.

Hemos revisado ejemplos históricos acerca del comportamiento de la conciencia global, pero hasta ahora, en el largo plazo del cronograma civilizatorio (siglos y milenios). Y esto lo diferencia de la perspectiva humana del tiempo, donde ese largo plazo llega solo a un puñado de décadas. Por eso, ubicamos la conciencia global en la escala civilizatoria donde el corto plazo son años; el mediano plazo, décadas, y el largo plazo, siglos y milenios.

Si en ese largo plazo civilizatorio tomamos cualquiera de las actividades humanas podremos observar tendencias siempre progresivas: en religión (politeísmo-monoteísmo-panteísmo); en ciencias (aristotélica – newtoniana - einsteiniana); en trabajo (esclavo-feudal-capitalista); en tecnología (neolítica-metalúrgica-artesanal-mecánica-electrónica-digital), en educación (de elitista a masiva); en relaciones sociales (de diferencias étnicas y por género, a diferenciación por niveles de ingreso, y ahora asomando tendencias igualitaristas). Y equivalentes en cualquier otra dimensión.

Esos cambios, tomados en el largo plazo civilizatorio, siempre tuvieron un sentido progresista. Y fueron provocados cuando aparecieron puntos de inflexión sacudiendo la conciencia global. Fueron procesos donde intervieron, de manera cruzada todas las dimensiones de la realidad, asumidas o no por la conciencia global.

Esas crisis históricas provocadas por pestes, guerras de todo tipo (“calientes”, “frías”, geopolíticas, ideológicas, religiosas, étnicas, generalizadas o localizadas), desastres naturales, caída de imperios, saltos tecnológicos disruptivos, etc., dejaron marcas indelebles en la conciencia global, y fueron de tal magnitud que los historiadores las convirtieron en hitos para definir la cronología histórica mundial.

En ese sentido hemos visto, en el trabajo de Nun, como la peste negra, un subproducto de la invasión asiática a la región europea, en combinación con cambios climáticos y crisis de la tecnología agrícola, dio inicio a un proceso. Y en su evolución acumulativa, llevó a la organización social feudal, a puntos de no retorno, quiebre y su transformación en capitalismo.

Y esas crisis modificaron el enfoque de la realidad. Se alcanzaron nuevos niveles en la comprensión de los problemas, se modificaron las ideologías y las formas de acción concreta del hombre para superar esas crisis.

Los mismos acontecimientos que influyeron sobre Leonardo Da Vinci y lo impulsaron a diseñar máquinas de producción masiva cuando aún imperaba el modo de producción artesanal, también empujaron a los marinos a buscar materias primas y metales preciosos en tierras ignotas. En el imaginario actual, todos ellos fueron “militantes” de un futuro capitalismo.

De la misma manera, en la medida que las crisis actuales se van entrelazando y se expresan en toda su dimensión, provocan cambios en la conciencia global.

Marzo de 2022

Lic. Daniel Wolovick